

En medio de dificultades e incertidumbres comenzamos un nuevo curso pastoral. Como todos los años, también éste, os propongo un nuevo proyecto pastoral que no se agota en su propio contenido, sino que debe ser a su vez reflexionado y compartido por todos los que formamos la parroquia de “El Buen Pastor” para llegar al compromiso en la acción evangelizadora y de la edificación de la comunidad, manteniendo la comunión de vida y actuación.

Este proyecto no debe confundirse con una estrategia humana, porque todo nos viene de Dios, el ser y el obrar; y, si nos ponemos juntos nuevamente en camino es porque el Espíritu Santo habla a nuestra parroquia, concreción de la Iglesia en nuestro barrio, y nos impulsa a cooperar en la obra de anunciar y realizar la salvación que Jesucristo inició y que sigue operando para llevar al Padre a todos los hombres y mujeres.

Este tiempo de pandemia con el confinamiento que sufrimos, puso en valor y de relieve la importancia de la familia, de la eucaristía y de la caridad solidaria.

Por ello, familia, eucaristía y solidaridad son los tres “compromisos pastorales” que marcarán en este año las acciones pastorales de nuestra parroquia, de forma que se evite la dispersión y se acentúen la urgencia de vivir, revitalizar y potenciar: la familia, la eucaristía y la caridad solidaria.

La familia:

Son muchos los factores culturales, sociales y políticos que contribuyen a provocar una crisis cada vez más evidente de la familia. Comprometen en buena medida la verdad y dignidad de la persona humana y ponen en tela de juicio, desvirtuándola, la idea misma de la familia.

¡Familias de la parroquia de “El Buen Pastor”, os espera la tarea de la “**nueva evangelización**”! Recobrad el entusiasmo del anuncio y vuestra decidida implicación.

La Eucaristía:

Todos estamos invitados a confesar la fe en la Eucaristía, «*prenda de la gloria futura*», convencidos de que la comunión con Cristo, vivida ahora como peregrinos en la existencia terrena, anticipa el encuentro supremo del día en que «*seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es*» (1Jn 3, 2).

La caridad fraterna y solidaria:

La Covid-19 nos ha obligado, a disponer de nuestras vidas de una forma inimaginable en todos los ámbitos de la realidad: familia, trabajo, relaciones sociales... Como consecuencia de todos ello emerge una sociedad mucho más frágil y vulnerable con una hoja de ruta más llena de incertidumbres que de certezas.

A pesar de estas incertidumbres, en medio de esta fragilidad hemos visto brotar gestos solidarios llenos de caridad, de ese amor gratuito que nace del corazón de forma libre y desinteresada, sin esperar nada a cambio.

A la luz de estas prioridades que habrán de estructurar la acción de nuestra comunidad parroquial, debemos articular los compromisos que afectan a toda la vida de la parroquia en sus dimensiones evangelizadora, litúrgica y volcada a las necesidades espirituales y materiales de las personas, teniendo en cuenta que no se trata de actividades divergentes o incluso contrapuestas, sino que todas ellas, son la manifestación de *Jesucristo, que vive en su Iglesia y es fuente de esperanza para para todos los feligreses.*

Por ello, escuchamos la voz del Espíritu que, en primer lugar, se dirige a nuestra parroquia y a todos los que la formamos para recordarnos quiénes somos:

Parroquia de “El Buen Pastor”: Eres un don de Dios para quienes viven y trabajan a tu alrededor, y para quienes a ti se acercan.

Parroquia de El Buen Pastor: Eres lugar e instrumento de comunión.

Parroquia de El Buen Pastor: Celebra a tu Señor.

Parroquia de El Buen Pastor: Cumple el mandato del amor.

La tarea, ciertamente, es tan grande como son las urgencias pastorales y como inmenso es el amor de Dios a los hombres y mujeres; pero hemos de orar con fe y ponernos confiadamente a la escucha del Espíritu y bajo la guía de Jesús, sacerdote, maestro y pastor de nuestras almas, para que sepamos discernir las acciones que serán más oportunas, de mayor utilidad y adecuadas a nuestros recursos y capacidades.

Bajo la guía de Jesús, sacerdote, maestro y pastor de nuestras almas:

Dios se nos ha dado a conocer. Jesús es la revelación total y definitiva de Dios. Él muestra al Padre, lleno de bondad y de misericordia que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (cf. *Jn 3,16*). Por Jesucristo, el Espíritu Santo es derramado en nuestras vidas, llevando a su plenitud el deseo salvador de Dios, realización del misterio de amor de la Trinidad.

Jesucristo manifiesta a los hombres el misterio de Dios, pues el Verbo encarnado (cf. *Jn 1, 14*), que es Dios (cf. *Jn 1, 1*), es, por ello mismo, la revelación y el revelador del Padre. Por eso dice el Jesús por boca de Juan: El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (cf. *Jn 14, 9*), porque yo estoy en el Padre y el Padre está en mí (cf. *Jn 14, 10*).

Jesucristo, muerto y resucitado, cuya representación más elocuente la encontramos en la imagen del Señor Jesús crucificado es la manifestación del amor de Dios a todos hombres sin excepción. En Jesucristo crucificado hallamos la fuerza para vivir con radicalidad y coherencia la fe. En Él, además, se encuentra el sentido y la clave de un nuevo humanismo que sea, al mismo tiempo respuesta a los deseos más profundos del espíritu humano y el cauce que posibilite la realización de los genuinos valores de la persona humana.

Jesucristo inaugura un nuevo modo de relacionarse con Dios: *Se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad (Jn 4,23-24).*

En Cristo se clarifica aquello que a Dios le pertenece de un modo exclusivo: *Dad a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar (Mt 22,21).*

Jesucristo es la revelación de un orden nuevo: *Misericordia quiero, dice el Señor, y no sacrificios (Mt 9,13).*

El discípulo de Jesús lleva en su vida la ley del amor, de la verdad, de la fe, de la justicia, de la misericordia. Cuando estos mandamientos se hacen visibles por la radical apertura de nuestra vida a la redención del Señor, entonces en la existencia cristiana el amor se manifiesta en su forma suprema: la caridad; la verdad adquiere su máximo esplendor; la fe se hace entrega a Dios y contemplación del misterio divino; la justicia se hace compromiso con la realidad humana y el entorno social y natural que nos rodea; la misericordia deviene en una forma concreta de entender la vida y vivirla. Vivir coherentemente con la novedad que es Cristo Jesús y ser testigo suyo en el comportamiento diario no es tarea fácil. Cuando nuestra vida es manifestación de estos mandamientos, el alma reflejándose a sí

misma, se convierte en un magnífico espejo pulido donde ve todo lo que irradia: la santidad.

Jesucristo, al ser también hombre y hombre perfecto (cf. *Rm* 5,14), se nos ofrece como el revelador de la esencia oculta del hombre. En palabras del *Concilio Vaticano II*, *el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación* (GS 22).

Jesucristo, Dios hecho hombre, no es sólo relevante para la humanidad por habernos desvelado el misterio de Dios y el misterio del hombre. Jesucristo es también la vida de Dios, Y, justo por ello, es también nuestra vida. Como dice San Juan, en Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (cf. *Jn* 1,4), esa luz verdadera es la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cf. *Jn* 1, 9).

De este modo, Jesucristo es la Palabra de Dios que permanente habla a su Iglesia, a sus discípulos y a todo hombre. No escuchar la voz de Cristo es alejarse de Él, desechando la roca firme desde la que poder juzgar con fundamento la mayor o menor densidad del presente y poder construir nuestra casa futura. Cuando esto ocurre, la apertura al futuro se convierte en una huida hacia adelante sin norte ni fundamento. Es lo que tristemente está sucediendo en nuestra sociedad y en algunas comunidades eclesiales, que han adoptado mentalidades incompatibles con la tradición evangélica, y, lo que es más peligroso aún, que se encuentran afectadas por síntomas preocupantes de mundanización, pérdida de la fe primigenia y connivencia con la lógica del mundo.

La vuelta a Cristo es, por tanto, la condición de posibilidad de nuestro *ser-en-el mundo*, para no sufrir el mal de la mundanización, y la condición de posibilidad de nuestro hacer camino hacia la verdad y la vida: *Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da*

al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre por el que ésta deba salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro (GS 10). Cristo y sólo Cristo es la piedra angular (cf. Hch 4, 11) de la Iglesia, de la sociedad, del hombre y, en definitiva, de toda la historia humana.

Para que los feligreses sepamos discernir las acciones que serán más oportunas:

La parroquia se presenta con el mismo anuncio de siempre, que es su único bien: Jesucristo es el Señor; en Él y en ningún otro, podemos salvarnos.

La presencia de Cristo está garantizada en la Iglesia por la acción del Espíritu Santo. *Fue el propio Jesucristo el que envió desde el Padre al Espíritu Santo para que realizara desde dentro su obra salvífica e impulsara a la Iglesia a su propia expansión. El mismo “unifica en la comunión y el ministerio y provee de diversos dones jerárquicos y carismáticos” a la Iglesia entera a través de todos los tiempos, vivificando casi como un alma a las instituciones eclesíásticas (AG 4).* La presencia viva del Espíritu Santo es, pues, el primero y más importante de los dones que Dios derrama incesantemente sobre la Iglesia para que así pueda realizar su misión evangelizadora.

Asistida por el Espíritu del Señor, la Iglesia entendió de sí misma que le era necesario, para establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios (cf. LG 5), realizarse en la diversidad de las Iglesias particulares, sin perder por ello su unidad, que está garantizada por los vínculos visibles de comunión: *la profesión de una misma fe recibida de los apóstoles; la celebración común del culto divino, sobre todo de los sacramentos; y, la sucesión apostólica por el*

sacramento del orden, que conserva la concordia fraterna de la familia de Dios (Catecismo 815).

La Iglesia, así constituida, es el Reino de Cristo presente ya en misterio (Catecismo 763) que aparece con una doble dimensión: estructura visible y comunidad espiritual (cf. Catecismo 771); cuyos fines no son privados, pues sus tareas están dirigidas a la salvación de los hombres y mujeres a través de Jesucristo.

Nuestra parroquia, a través de los avatares históricos por los que ha ido pasando, testimonia la tarea evangelizadora, poniendo de manifiesto, por encima de toda circunstancia, la fidelidad al Evangelio.

La reflexión sobre el ser y estar en el mundo, posibilita que los feligreses descubramos nuestras luces y sombras, e intentemos buscar los caminos para responder con coherencia a la misión que hemos recibido: anunciar el Evangelio. Todos los fieles cristianos debemos manifestar la Buena Nueva en cualquier lugar y circunstancia, por el testimonio de nuestras vidas, la coherencia con la fe y el compromiso con las realidades temporales. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como compromiso cotidiano y que no puede ser delegado a unos pocos “especialistas”, pues ha de implicar a todos los miembros del Pueblo de Dios.

Los sacerdotes de la parroquia vemos con preocupación que en la praxis pastoral se da una inadecuación entre lo que se ofrece y lo que se vive, entre lo que se realiza y su acogida. No reconocer esta tensión podría ser signo de estar fosilizando la novedad de Cristo. Es necesario volver a descubrir el misterio mismo de la Iglesia presente y operante en ella (cf. *ChL* 25) y redescubrir la primacía de la gracia.

El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el riesgo fácil del hacer por hacer. Y también en su cara contraria: el inmovilismo, nada de lo que se haga va conmigo. El anuncio gozoso del evangelio no puede quedar impregnado de esta

dualidad, ni relegar lo religioso al ámbito puramente subjetivo o al terreno de los sentimientos.

El punto de partida no pueden ser acciones ajenas a la realidad presente, es dentro de nuestra comunidad cristiana donde debemos suscitar la fe y acompañar su crecimiento a lo largo del itinerario de la vida. La parroquia es “de todos y para todos”, para que en ella todos puedan descubrir lo más hondo, verdadero y definitivo de la vida. Presentar y anunciar a Jesucristo como único Mediador entre el amor del Padre y como respuesta a las necesidades más profundas de cada uno de nosotros y de todos los hombres y mujeres, es la misión a la que sacerdotes y feligreses estamos llamados, haciendo de la comunidad cristiana un espacio de acogida y de vida evangélica. Y esto la parroquia y entre de todos debemos procurar que lo sea.

La parroquia lugar de encuentro y de comunión. La parroquia comunidad de comunidades:

La parroquia es el lugar por excelencia de la comunión, para ello el camino del amor ha de ser la practica habitual en la que se desarrollen todas las acciones ministeriales y proféticas, porque es Jesús mismo el que habla y dirige su Iglesia.

Para conseguir esta comunión hay una serie de actitudes y compromisos que deben realizarse. El Concilio Vaticano II presenta a la Iglesia como necesitada de diálogo interno y externo (cf. *GS 92*). Es evidente que desde este diálogo es mucho más fácil la comunión. El diálogo conlleva necesariamente participación, porque en definitiva la tarea de la evangelización exige comunión y corresponsabilidad. Es imprescindible que actitudes como el servicio y el compromiso con el otro estén presentes en todo este proceso de comunión.

Es necesario que dentro de la parroquia y a todos los niveles se desarrollen relaciones de amistad, de comunicación, corresponsabilidad, participación, conciencia misionera, disponibilidad y servicio.

San Pablo proporciona una amplia gama de recursos para favorecer esta comunión en la comunidad eclesial: acogida y corrección (cf. *Rm* 12,10); servicio y ayuda (cf. *Gal* 5,13); perdón mutuo (cf. *Col* 3,13). Por eso, el Apóstol nos urge a todos a la comunión. Y a una comunión que pasa necesariamente por la confesión y la celebración de la fe y la vivencia comprometida de la caridad. Pues la comunión de los espíritus al margen de la fe carece de fundamento sólido. La comunión exige siempre el contenido de la Revelación como factor objetivo desde el cual poder producirse.

No rompen la comunión las formas peculiares de presentar el Mensaje de Salvación. Cada creyente, sacerdote o laico, cada grupo o movimiento tienen la suya y forman parte del contexto propio de cada expresión de fe que si se silencian producen situaciones de conflicto tan contrarias a la comunión.

Favorecer la comunión es la tarea que tiene planteada toda comunidad parroquia. Sin embargo, el gran peligro, la tentación constante es hacer de la comunión una realidad sin alma; ponernos máscaras de comunión más que empeñarnos y comprometernos en sus modos de expresión y en su crecimiento. Debe hacerse realidad aquello que la misma palabra comunión promueve y exige para encaminarnos a un único fin: valorar la variedad de carismas y vocaciones, que confluyen cada vez más en la unidad y pueden enriquecerla. En efecto, gracias al crecimiento de la colaboración entre todos los que formamos la parroquia bajo la guía de los sacerdotes, la parroquia entera podrá presentar a todos una imagen más hermosa y creíble, transparencia más límpida del rostro del Señor, y contribuir así a dar nueva esperanza y consuelo, tanto a los que la buscan como a los que, aunque no la busquen, la necesitan.

A este respecto cabría recordar la enseñanza de Pablo a los Corintios (cf. *1Co* 11) en la cual explica la inserción exacta de cada carisma para que no resienta la unidad y por tanto se intensifique la

comuni3n. Hay que privilegiar todas las acciones pastorales que conduzcan desde la diversidad a la comuni3n. La parroquia debe constituirse como la comunidad de comunidades. En ella han de tener cabida dialogante y afectiva todas las opciones que sean legítimas y que en la Eucaristía encontrarán el sentido de su comuni3n.

Parroquia de “El Buen Pastor: Celebra a tu Señor”:

La celebraci3n de la Eucaristía es la fiesta de una comunidad cristiana que expresa el gozo de los hijos de Dios y que se congregan en torno a su Señor. Con él por él y en él forman un cuerpo que se une a la Trinidad en una anticipaci3n del gozo definitivo al que nos llama Jesucristo. Pero entre nosotros hay quienes acuden a la Eucaristía y su presencia nada dice del gozo, la uni3n, el amor y el espíritu de fe que a todos pide es sacramento. Hay quienes vienen a misa para cumplir una obligaci3n, en la que nos preocupa el tiempo que a ella dedicamos, y donde lo que hay que hacer ha de hacerse pronto. Hay quienes vienen, por tanto, no celebran. La celebraci3n de la misa y los sacramentos expresan el sentido cristiano de la oraci3n y la viva presencia del Dios que nos acompaña y salva? No es domingo un día para celebrar la libertad frente a la necesidad, lo gratuito frente a la utilidad, y la trascendencia de la vida frente a su temporalidad?

Hoy, entre nosotros, se tiene poca conciencia del Dios que nos salva con su amor y su gracia. Se dice que nadie da nada gratis, pero ésta no es la l3gica del Evangelio. Pocos consideran que deben ser salvados de la pequeñez del mundo en que vivimos. Un mundo que podría definirse con la frase “slvese quien pueda”. Una expresi3n de individualismo radical y que conduce a la autodestrucci3n. Debemos convertir y ampliar nuestra visi3n de la fe individual considerando que igualmente es eclesial. La celebraci3n adquiere de este modo el peso que le corresponde en la vida del cristiano. El sentido del misterio que hay que desarrollar está vinculado a la fe profesada, celebrada

y orada en la liturgia de la Iglesia. En ella se expresa sacramentalmente la gracia de Dios. ¿Habrá que renovar nuestro sentido de gracia?  No es la gracia un don de vida que nos hace hijos de Dios, un don maravilloso del amor del Creador, un valor que supera toda material valoración?

Cuando celebramos a nuestro Señor con los Sacramentos y la liturgia en general, debemos descubrir el sentido del "misterio", es decir, la presencia actuante de Jesucristo, que se hace presente a su Iglesia con sus misterios salvíficos, en el marco de los acontecimientos que celebramos en el año litúrgico y en los sacramentos.

Así, en este tiempo, la principal tarea en el campo de la liturgia consiste en renovar las celebraciones litúrgicas para que sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, el Señor; en proporcionar nuevos espacios para el silencio, la oración y la contemplación; en volver a los Sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, como fuente de libertad y de nueva esperanza. En esto consiste la verdadera renovación de la liturgia, para que nuestra parroquia pueda alimentar verdaderamente la esperanza de todos los feligreses y la ofrezca a quien la ha perdido.

Centrándonos en los sacramentos, hay que celebrarlos de modo que se reconozca y se vivan experimentando que Cristo mismo actúa en ellos por medio de Espíritu Santo. Todos estamos invitados a confesar la fe en la Eucaristía, a fomentar esta fe con las diversas manifestaciones del culto eucarístico fuera de la Misa y a revitalizar el sacramento de la Reconciliación.

Repetidamente os he exhortado a recuperar en su integridad la celebración del Día del Señor. Cuando tantas cosas nos distraen de su sentido religioso, ya que por la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la parroquia, es preciso que en la Santa Misa dominical manifestemos que la Eucaristía es

sacramento de unidad y que vivamos el día del Señor con un descanso lleno de fraternidad y regocijo cristiano.

Toda la existencia cristiana ha de ser una ofrenda al Señor que se nos hace presente en cada circunstancia y en cada encuentro personal, y a ello llegaremos después de vivir en el misterio litúrgico la salvación de Cristo con alegría sincera y contagiosa.

Parroquia de El Buen Pastor: Cumple el mandato del amor:

Jesucristo llama a nuestra parroquia a seguir el camino del amor, a ser parroquia de la caridad. En la caridad, la forma más elocuente de evangelización, especialmente para los pobres, se juega hoy la Iglesia su credibilidad. Más aún, porque “la caridad lo es todo” —lo que hemos de creer, vivir y celebrar— y sin ella no somos nada, más que cuestión de credibilidad es de coherencia, de fidelidad, de ser o no ser.

La llamada a vivir la caridad activa es una síntesis de un auténtico servicio al Evangelio de la esperanza que tanta falta hace en los tiempos actuales.

Jesucristo llama a la parroquia a acoger el don de la caridad, a servir con amor, a ser caridad: Parroquia de El Buen Pastor, acoge cotidianamente con renovado frescor el don de la caridad que Dios te ofrece y de la que te hace capaz. Aprende el contenido y la dimensión del amor. Que seas la parroquia de las bienaventuranzas, siempre en conformidad con Cristo (cf. *Mt* 5, 1-12).

Acoger el don de la caridad es reconocer que Dios es Amor, que él nos amó primero y que su amor ha sido derramado en nosotros con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

La actual situación política, sanitaria, social, cultural y religiosa de nuestro país y de Valencia, con sus luces y sus sombras, con sus oportunidades y amenazas, está cada día más caracterizada por el intento de fundar la vida sobre una antropología como si Dios no

existiera. Se potencia una cierta apostasía silenciosa. Esta situación exige la presencia de católicos adultos en la fe y de comunidades cristianas misioneras que testimonien la caridad de Dios a todos los hombres y mujeres.

El tiempo de la pandemia con todas sus consecuencias nos pide a todos hacer un profundo examen de conciencia con el correspondiente propósito de conversión para así vivir el evangelio de la caridad y animar la esperanza de todos comenzando por los últimos, los pobres y excluidos. Pues hay quienes aprovechándose de la situación y sobre todo de la atmosfera de miedo y temor se han encerrado en sí mismos y así justifican su ausencia de la comunidad, aunque después ese miedo y ese temor lo pierdan por vivir para sí y sus apegos. Ciertamente no hay que ser temerarios, pero tampoco temerosos.

Solo el amor lo vence todo. Por eso, todos nosotros –la parroquia– nos hemos de convertir en apóstoles de la caridad, en caridad misma para el prójimo que necesita de nosotros.

Cabe subrayar aquí tres expresiones significativas del don de la caridad que son propuesta y camino de evangelización: el testimonio de la caridad, la comunión parroquial y el diálogo con los alejados y no creyentes. Porque Cristo dice y hace lo que oye y ve hacer al Padre quien ve a Cristo ve al Padre. El cristiano está llamado a reproducir del amor de Cristo como Cristo reproduce el amor del Padre (cf. *Jn 3,16*).

Por tanto, la tarea es aprender el contenido y la dimensión del amor en las tres grandes acciones de la Iglesia como son la palabra, el culto divino y el servicio, que no se comprenden ni se realizan adecuadamente por separado o yuxtapuestos.

En su dimensión evangelizadora el amor es contenido del anuncio. En esto consiste en definitiva el Evangelio, la buena noticia para todos los hombres: Dios nos ha amado primero (cf. *1 Jn 4*,

10.19); Jesús nos ha amado hasta el final (cf. *Jn* 13, 1). Gracias al don del Espíritu, se ofrece a los creyentes la caridad de Dios, haciéndoles partícipes de su misma capacidad de amar: la caridad apremia en el corazón de cada discípulo y de toda la Iglesia (cf. *2 Co* 5,14). Precisamente porque se recibe de Dios, la caridad se convierte en mandamiento para el hombre (cf. *Jn* 13,34).

El amor tiene y da a la vida cotidiana una dimensión sacramental. A este respecto no se debe olvidar que el “culto espiritual agradable a Dios” (cf. *Rm* 12,1) se realiza ante todo en la existencia cotidiana, vivida en la caridad por la entrega libre y generosa de uno mismo incluso en momentos de aparente impotencia.

Algunas de las implicaciones de la caridad en su dimensión espiritual (la espiritualidad de la caridad) son las siguientes:

1.-Hacer del amor a los pobres el criterio de la actuación de los cristianos en todos los ámbitos de la vida social.

2.-Testimoniar la actitud de Jesús, que ha defendido siempre la verdad mostrándose al mismo tiempo misericordioso con los pecadores, siendo el amor la norma suprema de tu actividad.

3.-Mostrar simpatía a quien aprecia todo elemento positivo; no cerrando los ojos ante todo lo que es incompatible con el Evangelio y denunciándolo con energía.

4.-Vivir la fe, nuestro ser cristiano, con creatividad e imaginación promoviendo una nueva cultura de la solidaridad.

Confrontarse con Cristo, evangelizador y evangelio, ser “parroquia” de Cristo es la misión primordial del cristiano que vive y sirve a la caridad. Ser la parroquia de las bienaventuranzas, siempre en conformidad con Cristo (cf. *Mt* 5, 1-12). Una parroquia libre de obstáculos y dependencias que sea sencilla y amiga de los más pobres, acogedora de cada persona y atenta a toda forma, antigua o nueva, de pobreza.

En tiempos difíciles y de dificultades para todos es de desear que se vean de modo palpable, especialmente quienes nos miran con desprecio o desconocimiento, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres, los más necesitados, los más despreciados, los más incomprensidos. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: *He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme (Mt 25, 35-36)*. Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de la vida de Jesús, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la parroquia comprueba su fidelidad como servidora de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia. Predicar esta página del Evangelio con el ejemplo, dando así razón de nuestra esperanza, exige hoy una profunda conversión

Solo una auténtica conversión nos hace cristianos nuevos:

Los cristianos habremos de ponernos humildemente ante el Señor para interrogarnos sobre las responsabilidades que nos atañen en relación con los males de nuestro tiempo. El examen de conciencia constituye uno de los momentos más determinantes de la existencia personal y comunitaria, pues en él toda persona y toda comunidad se ponen ante la verdad de su propia vida. Sólo así se descubre si una comunidad cristiana es auténtica, vital y evangélica o, por el contrario, ofrece una imagen empobrecida de ella misma.

La consideración del tiempo actual revela que la situación en que vivimos está marcada por graves incertidumbres en el campo político, sanitario, laboral, cultural, antropológico, ético y espiritual. Desde el principio la Iglesia ha estado compartiendo las angustias,

esperanzas y tristezas del mundo. Nunca ha estado ajena a lo que sucedía en la sociedad de cada tiempo, a la que ha prestado sincera colaboración desde la seguridad que da el saber que Jesucristo es el Señor de la historia. La mirada constante de la Iglesia ha estado siempre atenta a la formación de los estilos de vida que troquela la cultura.

La cultura actual es disgregadora de la comunión entre las personas. El individualismo es un hoyo donde la relación con otros queda pervertida por la relación instrumental a la búsqueda de ventajas. La comunicación anónima y virtual está apagando la comunicación con las personas reales. No cabe duda que esta lógica de la cultura presente se ha instalado también en las conciencias cristianas. Para arrepentirse debe descubrirse que esta lógica es un cerco a la fe. El “mundo” parece que nos vence. Por eso hay que colocar como telón de fondo las palabras de Jesús: *Tened ánimo, yo he vencido al mundo* (Jn 16,33). Más aún, no hay que actuar a la defensiva de las creaciones culturales sino con nueva creatividad (inculturación).

La cultura presente ha desarrollado igualmente una gran oferta de sustitutos religiosos que responden a la demanda de la búsqueda del misterio de Dios con actualizaciones de la gnosis, experiencias psico-religiosas, adivinación, brujería y otras ofertas de religiones orientales o supersticiones. Algunos de estos nuevos sustitutos religiosos dañan seriamente la fe cristiana.

A esto hay que añadir la situación provocada por los medios de comunicación y las redes sociales en los que se transgreden públicamente los valores más personales y tradicionales. El principio de la manipulación del subconsciente y consciente consiste en fomentar la visión de lo “nunca visto”. Asistimos al acoso de una religión presentada como una cuestión individual y además irracional.

La evangelización debe mostrar también que hoy es posible vivir en plenitud el Evangelio como itinerario que da sentido a la

existencia. Para ello, la pastoral ha de asumir la tarea de imprimir una mentalidad cristiana a la vida ordinaria: en la familia, la escuela, la comunicación social; en el mundo de la cultura, del trabajo y de la economía, de la política, del tiempo libre, de la salud y la enfermedad, de la vida y de la muerte. Hace falta una serena confrontación crítica con la actual situación cultural de nuestra sociedad, evaluando las tendencias emergentes, los hechos y las situaciones de mayor relieve de nuestro tiempo, a la luz del papel central de Cristo y de la antropología cristiana.

Y cuando nos miramos en el Cristo vivo y real y en su palabra poderosa, descubrimos que hay un empeño socio-político por desvirtuar o apagar la condición sacramental de la Iglesia. Instalados en esta situación, se rechazan y desnaturalizan las mediaciones: Iglesia, parroquia, sacerdotes, religiosos y religiosas... Para muchos no está claro en la vida real, que la Iglesia es mediación de la salvación, que la pastoral es la pastoral de la Iglesia y que la misión del cristiano es misión de la Iglesia. Si se desdobra la visión de la Iglesia, el estrabismo justifica cualquier cosa, pasando de un escenario a otro según conviene. El individualismo pastoral y espiritual en el que han caído muchos cristianos convive sin problemas con la adhesión a una iglesia ideal (que no existe), formada a imagen de quien se cree en mayor posesión de la "verdad evangélica". La desafección y falta de comunión con las personas, especialmente con quienes tienen la responsabilidad ministerial, y las estructuras visibles se convierte en práctica justificada. Así, ciertas comunidades se han convertido en "refugio" de cristianos desolados que en sus parroquias no han encontrado el calor y la acogida que esperaban. De este modo, surge un nuevo modo de vivir y entender la fe: los cristianos sin parroquia que piensan que perteneciendo a un grupo o movimiento, sea nuevo o consolidado en el tiempo, ya viven en plenitud su fe. Nada más lejos de la verdad. En un grupo o movimiento, sin vida parroquial, por muchos

que sean sus miembros, se pone de manifiesto lo que decía San Ireneo: *unus cristianus nullus cristianus*. Un cristiano solo, aislado, auto-suficiente e individualista se anula a si mismo. La parroquia no es un adorno ni un espacio para los que no están en ningún grupo o movimiento. Es totalmente al revés. Nada sustituye a la parroquia. No se puede hablar de amor a la Iglesia sin sentirse miembro activo de la parroquia. La visión integral y práctica de la parroquia no es fácil. Exige dolor, perdón, humildad, paciencia, respeto, paciencia y, sobre todo, mucha, mucha empatía, simpatía y oración.

El Espíritu se dirige a la parroquia con una pregunta: ¿cómo estás?, ¿cómo quieres estar?:

Al reflexionar sobre sí misma, nuestra parroquia ha de reconocerse como un don con el que Dios enriquece a nuestro barrio, a toda Valencia. Si bien, como diría san Pablo, este don lo llevamos en vasijas de barro (cf. 2Co 4,7). Sin embargo, no es el barro lo que nos hace frágiles, ni es el barro motivo de escándalo para quienes ponen su mirada en nuestras vidas. Aunque este don lo llevamos en vasijas de barro, ¿quién nos separará del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús? Al contrario, el amor de Dios fortalece nuestra fragilidad haciéndonos resistentes y fortaleciendo nuestras vidas.

Jesucristo, Dios hecho hombre, no es sólo relevante para la humanidad por habernos desvelado el misterio de Dios y el misterio del hombre. Jesucristo es también la vida de Dios, Y, justo por ello, es también nuestra vida.

De este modo, Jesucristo es la Palabra de Dios que permanente habla a su Iglesia, a sus discípulos y a todo hombre y mujer. No escuchar la voz de Cristo es alejarse de Él, desechando la roca firme desde la que poder juzgar con fundamento la mayor o menor densidad del presente y poder construir nuestra casa futura. Cuando esto ocurre, la apertura al futuro se convierte en una huida hacia adelante

sin norte ni fundamento. Es lo que tristemente ha sucedido en nuestra sociedad y en algunos que se dicen cristianos, que han adoptado mentalidades incompatibles con la tradición evangélica, y, lo que es más peligroso aún, que se encuentran afectados por construirse una fe y una religión a su medida; en definitiva, pérdida de la fe primigenia y connivencia con la lógica del mundo. La vuelta a Cristo es, por tanto, la condición de posibilidad de nuestro *ser-en-el mundo*, para no sufrir el mal de la mundanización, y la condición de posibilidad de nuestro hacer camino hacia la verdad y la vida.

El discípulo de Jesús lleva en su vida la ley del amor, de la verdad, de la fe, de la justicia, de la misericordia. Cuando estos mandamientos se hacen visibles por la radical apertura de nuestra vida a la redención del Señor, entonces en la existencia cristiana el amor se manifiesta en su forma suprema: la caridad; la verdad adquiere su máximo esplendor; la fe se hace entrega a Dios y contemplación del misterio divino; la justicia se hace compromiso con la realidad humana y el entorno social y natural que nos rodea; la misericordia deviene en una forma concreta de entender la vida y vivirla.

Vivir coherentemente con la novedad que es Cristo Jesús y ser testigo suyo en el comportamiento diario no es tarea fácil. Cuando nuestra vida es manifestación de estos mandamientos, el alma reflejándose a sí misma, se convierte en un magnífico espejo pulido donde ve todo lo que irradia: la santidad. Esta es la única respuesta que cabe a la pregunta que el Espíritu le hace a nuestra parroquia, a todos y a cada uno de nosotros: **¿cómo quieres estar? En camino a la santidad.** Pero no un camino teórico o ficticio, sino real, visible y actuante. En la única santidad que reconoce la Iglesia, en la única santidad que humaniza el mundo, en la única santidad que verdaderamente nos hace santos, en la única santidad que procede de Dios.

Al Dios de la santidad y de la vida nos encomendamos. En sus manos ponemos nuestra parroquia, nuestra ciudad, nuestro país, el

mundo entero. A él, Señor del tiempo, unidos a Jesucristo, le decimos: líbranos del mal.

*Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.*

Juan Ramón Pinal
Párroco de la Parroquia de “El Buen Pastor”.

